

CAPITULO XXII.

EL RANCHO DE LAS VÍRGENES.—RÁPIDOS PROGRESOS
DE DON JACOBO.

TRASCURRIO un largo espacio de tiempo en medio de un silencio terrible.

La lluvia había calmado, y la tempestad recorría en lejanas distancias el espacio.

La guerrilla desfilaba entre las malezas, sin hacer ruido: parecía una gran serpiente negra que se arrastraba acechando la casita blanca.

En el interior de esta casita se oía el animado diálogo de Rosario y María; vibraba su voz en medio del silencio como el lejano canto de los zenzontles en el bosque.

El peon que velaba en el portal se adelantó algunos pasos hácia el campo y se puso en observacion: nada veia, pero notaba un ruido extraño, mezclándose al de las corrientes.

A poco entró á buscar al viejo.

—¿Hay novedad? preguntó éste al ver entrar al peon.

—Creo que vienen ya.

—Por dónde?

—Deben estar cerca: no se vé, pero se oye.

—Y mis hijos?

—No han venido.

—Que entren los peones: corre, aquí nos encerramos; que traigan sus armas.

—¿Qué hay, padre? entraron preguntando Rosario y María.

—Nada, hijas, nada, una precaucion; vamos á encerrarnos.

—¿Y mis hermanos? dijo María.

—Ya vendrán pronto, á la trojel allí se encierran ustedes.

—¡Ya vienen! gritó un pastor.

—¡Ahí están ya! dijo un peon.

—¡Mi machete!

—¡Acá todos!

Y un tropel de mugeres y niños y algunos peones se precipitó al patio de la casa, en medio del ladrido de los perros que husmeaban en todas direcciones y aturdiendo mezclando sus ladridos á las voces de los peones, al llan

to de los chicos, y al inexplicable rumor de la repentina alarma.

—Ya nos sintieron, dijo Capistran, y aflojó la rienda á su caballo, que se desprendió como una saeta, y tras él los demas jinetes, y al último don Jacobo.

Capistran llegó á tiempo que iban á cerrar la puerta al grado que un momento despues se hubiera estrellado contra ella; pero el caballo de Capistran azuzado, se lanzó sobre la última línea de luz que proyectaban las dos hojas de la puerta, línea que se ensanchó de nueve para dibujar toda la figura del bandido.

Se oyeron tres tiros en la azotea, y despues dos en el patio, y en seguida un rumor siniestro y una confusa algarabía de golpes, quejidos, gritos, blasfemias y alaridos.

Un guerrillero habia caido del caballo en el patio; todo era confusion y desórden en medio de la mas profunda oscuridad.

Dos jinetes tiraban tajos y mandobles y acometian con sus caballos á cuatro peones que habian hecho fuego sobre ellos, y que en seguida se defendian á culatazos, pero bien pronto cayeron á los piés de los caballos.

Otros forzaban una puerta que daba al interior de las habitaciones, y Capistran gritaba á los suyos:

—¡Mátenlos á todos!

Capistran habia disparado los seis tiros de su primera pistola, y habia empuñado la espada.

Poco tiempo bastó para que hubieran desaparecido del patio todos los de la casa.

Un guerrillero apareció con un hachon.
Había cuatro cadáveres.

Eran estos, los dos peones, un guerrillero y el viejo.

Capistran los reconoció uno por uno, y al llegar al último hundió todavía dos veces su espada en el pecho inerte del anciano, que yacía en un lago de sangre.

—Ahora sí, exclamó; así andarán siendo chismosos estos mochos. Muchachos ¡que viva la libertad!

—¡Que viva! gritaron algunos con voz lúgubre, en medio de aquel cuadro de muerte.

En seguida Capistran distribuyó su fuerza. Envió algunos á forzar puertas, otros á perseguir á los de la azotea que se habian escondido, y á otros á rondar por el exterior y á atrapar á los fugitivos.

—No suelten á las mugeres; y si chillan mátenlas.

Don Jacobo no habia sido atacado en toda la refriega mas que por un perro, que se empeñó en no dejarle movimiento; y don Jacobo entrando en singular combate, sable en mano, sacrificó su primera víctima en aras de la patria.

Atravesó al perro de parte á parte, y despues le partió la cabeza hasta callarlo.

Cuando hubo terminado buscó mas gente á quien matar; pero ya no habia, y entónces fué cuando don Jacobo se sintió en todo el apogéo de su valor personal.

Permanecieron mas de una hora aquellos bandidos abriendo baules y sacando ropa y dinero; obligaron á dos prisioneros á cargar la mula de la casa con el botin, y

dos guerrilleros con la mula y los dos peones á quienes obligaron á arrear, fueron los primeros que salieron del patio.

Capistran habia recorrido toda la casa.

Uno de los que rondaban por el exterior entró corriendo al patio.

—Mi coronell viene gente, dijo á Capistran.

—Vayan dos que vean quién es.

—¡Tropa armada! gritó un tercero.

—A caballo! dijo el gefe.

—Es la fuerza de la Soledad, gritó un tercero.

—Echa el hachon en el ocete y vámonos, dijo Capistran á un camarada. Acá todos: que Juan, el Coyote y Chema cubran la retaguardia. ¡Vámonos!

—No están todos, dijo uno.

—Van por delante.

—Por *onde jalamos?*

—A cojer la vereda grande, y si nos pican mucho, en dispersion, á caer mañana al Gato.

—En la Lomita?

—Sí, hasta arriba.

No bien se habian alejado los últimos ginetes, cuando comenzó á salir de la casita blanca una ráfaga rojiza que iluminaba el principio de una nube negra en forma de espiral.

Aquella luz fué creciendo, y una lengua de fuego se mecía magestuosamente en el espacio, difundiendo una penumbra temblorosa en los campos vecinos.

Pepe y Rafael venían por el valle con una fuerza de caballería, y al ver el incendio se desprendieron bruscamente de las filas para llegar los primeros.

El patio de la casa era una inmensa hoguera, que había comunicado el fuego á las trojes y á las piezas interiores.

Rafael iba á precipitarse con su caballo á aquel horno, y Pepe le detuvo.

—Todo está ardiendo; espérate.

—Rosario! gritó Rafael.

—María! padre! gritó á su vez Pepe; por donde están? padre, padre!

Solo el chasquido de la madera que ardía y ese zumbido siniestro de las grandes llamas, respondía á los acentos de desesperación de aquellos jóvenes.

—Por atrás, gritó Pepe, por la otra puerta.

Y los dos hermanos se precipitaron en busca de la puerta.

Estaba rota la puerta de la troje que daba al campo; entraron á caballo gritando siempre á Rosario, á María y á su padre.

Nadie contestaba.

Se oyeron algunos tiros de los que cubrían la retaguardia á Capistrán.

Pepe y Rafael lograron penetrar por una ventana á las piezas interiores: el desorden de las habitaciones les reveló el drama que acababa de pasar.

El dolor de aquellos dos huérfanos no tenía límites.

—Estarán en el patio.

—¡Ardiendol exclamó Rafael.

—Vamos!

—Vamos!

El viento que comenzaba á soplar de nuevo, había alejado el humo y las llamas de la puerta, y los jóvenes pudieron penetrar algunos pasos; tropezaron con el cadáver de su padre, cuyos vestidos comenzaban á arder.

—¡Mi padre! gritó Pepe; ay!..... y mis hermanas! ¡María! ¡Rosario!

Los dos jóvenes se precipitaron hácia el cadáver para apagarle los vestidos con las manos.

La fuerza de caballería de la Soledad, siguió persiguiendo á la guerrilla.

A Rafael le acometió un acceso de locura, y dejó á Pepe llorando sobre el cadáver del viejo.

Ni una voz humana resonaba al rededor de la casita, de donde hasta los animales habían huído para el campo.

A poco rato apareció un peon que había logrado esconderse y encontró á Pepe besando la fría y destrozada cabeza de su padre.

—¿En dónde están mis hermanas?

—Se las llevó la fuerza.

—¿Quién?

—Capistrán.

—¡Ah Capistrán! Capistrán! gritó aquel joven, levantando la frente al cielo como para pedir el castigo para el asesino.

Dos días despues, á veinte leguas de distancia del rancho, la fuerza de la Soledad pudo alcanzar á la guerrilla.

Rafael estaba entre los perseguidores, se habia incorporado con la esperanza de rescatar á Rosario: esta fuerza la mandaba el dueño del caballo prieto que montaba Don Jacobo, y estaba compuesta en lo general de vecinos agraviados por Capistran.

Rafael fué acojido con entusiasmo por la fuerza, pues era conocedor del terreno y de valor acreditado.

Capistran fué sorprendido en un recodo del camino, y no bien hubo aparecido su fuerza á la vista de la que lo perseguia, cuando lanzándose como una flecha Rafael, llegó hasta Capistran que le esperaba preparado para dispararle á quemaropa.

Rafael habia empuñado su espada.

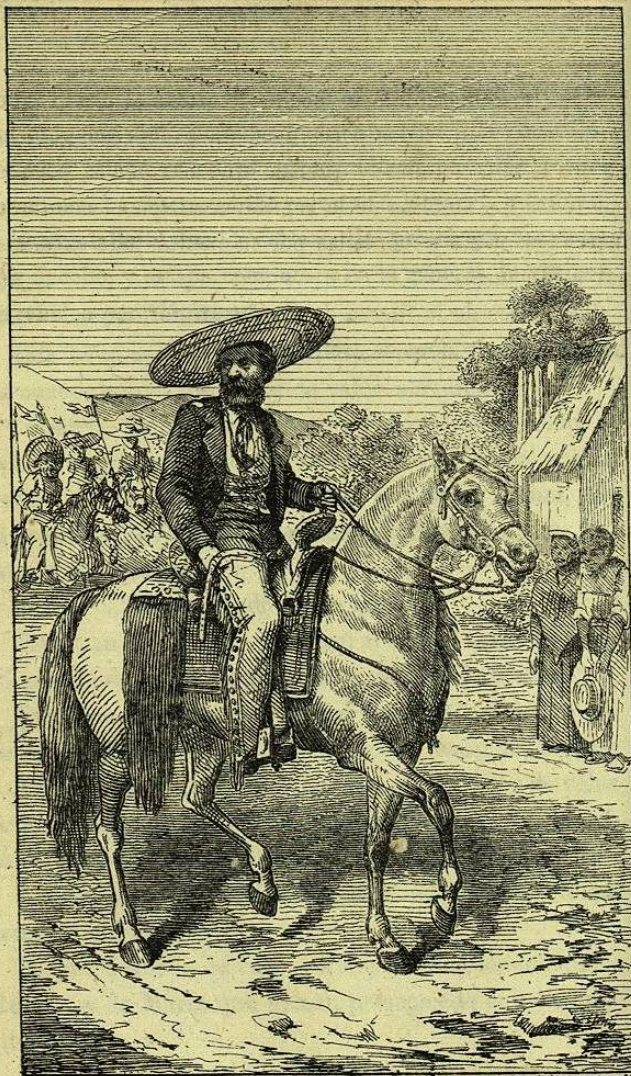
Capistran hizo fuego; pero casi al mismo tiempo se sintió pasado de parte á parte por la espada de Rafael.

Entre los demas contendientes, se trabó una lucha encarnizada, en la que hasta Don Jacobo, sacando fuerzas de flaqueza, se acreditó de valiente; se batió con el valor de la desesperacion y fué afortunado en sus golpes, al grado de poner tres contendientes fuera de combate.

La fuerza de Capistran desmoralizada se dispersó, abandonando el botin.

Rafael acababa de caer herido; pero en los brazos de Rosario y de María que habian presenciado aquella horrible escena.

El denuedo con que cargaron los perseguidores de Ca-



El C. Coronel JACOBO BACA.

Lr. Villalón, Sáenz y C.

pistran, hizo notable este hecho de armas al grado que un periódico dijo á los pocos dias, que el supremo gobierno era lo mas popular y querido que se conocia, porque por todos los ámbitos de la república se veian levantarse fuerzas armadas y montadas por su cuenta, para exterminar á la canalla.

Los restos de la fuerza de Capistran formaron nueva banda á las órdenes de Don Jacobo Baca.